

## Nueva urgencia de la Ilustración

Basilio Baltasar

Gaspar Melchor de Jovellanos nació cuando comenzaba la Edad de la Razón, en los albores de nuestro tiempo, cuando la insurgente sed de conocimiento conmovía los corazones de la vieja Europa. Su existencia fue la inevitable y triste consecuencia de la revolución ilustrada: esa explosión de saber y elocuencia que mientras cambiaba el aspecto del mundo dejaba intacta la apariencia de España.

Antes de convertirse en el agente y la víctima de esta dramática frustración, el recorrido vital de Gaspar Melchor de Jovellanos fue una formidable promesa y el ensayo de un trayecto vital, intelectual, espiritual y político que podría haber llegado muy lejos.

Ya en su tierra natal de Asturias, Jovellanos dio muestras de una inquieta precocidad y de la amplia disciplina de unos estudios cabalmente aprovechados. Su esmerado aprendizaje fue reconocido a muy temprana edad y a los 24 años Jovellanos ya era nombrado magistrado de la Real Audiencia de Sevilla.

Entonces, 1767, Voltaire era el ilustre anciano cuyo verbo penetrante corroía las viejas presunciones, Rousseau había publicado el Contrato Social, Diderot divulgaba con su incansable energía los artículos más reveladores de la Enciclopedia y Montesquieu había definido su fundamental aportación a la construcción del Estado moderno. A todos leía Jovellanos con gran provecho y debemos calibrar la influencia que sobre él tuvieron estas autoridades para entender la profundidad de la decepción que se avecinaba.

Pero no había llegado el tiempo de la desolación y si en Francia acerados intelectuales se enzarzaban en fértiles polémicas, en España sus tímidos imitadores intentaban traducir las afortunadas metáforas del Siglo de las Luces: disipar las brumas de la ignorancia, disolver las tinieblas de la superstición, iluminar las mentes con la luz de Razón.

Hubo entonces un momento fugaz en que la Historia de España parecía acompasarse a la transformación de la vieja Europa. Como si el paso del tiempo hubiera condenado a las viejas estructuras del Reino a la decrepitud y el talento individual de los más preparados fuera al fin destinado a ocupar ese lugar en dónde sólo dando lo mejor de uno mismo es posible obtener la más elevada recompensa.

Según sus contemporáneos, Gaspar Melchor de Jovellanos reunía los rasgos del carácter y la compostura que ayudan al hombre social a darse a conocer y obtener de los demás el grado de atención que necesita para llevar a cabo su tarea. Jovellanos era “de estatura proporcionada, cuerpo airoso, cabeza erguida, blanco y rubio, ojos vivaces, piernas y brazos bien hechos, sobrio en el comer y beber, atento y comedido, voz agradable, modulada y persuasiva, generoso y pródigo, religioso sin preocupación, ingenuo, sencillo, amante de la verdad, del orden y de la justicia, constante en la amistad, agradecido, incansable en el estudio y duro y fuerte en el trabajo”.

Hay que evocar la personalidad de Jovellanos para entender mejor el significado de su obra y la doble fatalidad de su destino. Ponderación, alegría, confianza, retratan al hombre ilustrado y adornan el anhelo que brota como un imperativo de la conciencia: mediante intuiciones luminosas, su inteligencia se pone al servicio de los hombres.

Los informes y estudios que en aquellos días publicaba Jovellanos salían al amparo de un gobierno que, con tímidos tanteos, alentaba el progreso de la nación. Se trataba de encauzar la corriente de reformas que transformaban a Europa y para ello era necesario apartar a los mediocres, acallar a los fanáticos, detener la mano despótica de los censores, enredar a los Inquisidores y hacer ascender a los ilustrados comprometidos con el gran cambio.

En 1778, cuando Jovellanos tiene 34 años, es nombrado Alcalde de Casa y Corte y se traslada de Sevilla a Madrid. Ya es un autor, erudito y filólogo influyente y respetado y con el cargo obtiene la posición

desde la que contribuir a la modernización de España. Las nuevas ideas llegan en libros, panfletos, libelos y periódicos que atraviesan las fronteras, burlan la vigilancia de la Inquisición y encuentran la red de amigos que actúan redactando reglamentos favorables al cambio y elaborando finos argumentos morales y científicos contra la mentalidad de un despotismo nada ilustrado.

Las líneas maestras del pensamiento de Jovellanos se van dibujando con nitidez. Su confianza en la educación y la instrucción como medio para ofrecer prosperidad social y felicidad al individuo. Su confrontación con la ignorancia que oprime a la sociedad y su defensa a ultranza de la libertad de prensa: “informar al ciudadano es formarlo, es hacer posible una revolución grande y pacífica mediante la cultura”.

Pero en 1778 muere Carlos III, el ciclo de los favores palaciegos se invierte y los ilustrados y reformistas –en cualquiera de sus grados de pasión o compromiso– pierden las frágiles posiciones de poder que habían obtenido. La reacción de los poderes anti ilustrados no se hace esperar y para sembrar el clima propicio a su retrógrado programa, desatan la siempre eficaz estrategia de la infamia. Celosas y temerosas del prestigio de sus enemigos, las fuerzas eclesiásticas y ultramontanas organizan la maquinaria que con el tiempo imitarán los estados totalitarios y cultivarán las sociedades enfermas. Mediante la fuerza invisible, corrosiva y amoral de la difamación los poderes reaccionarios destruyen la reputación de los mejores y cercan a los entusiastas partidarios del Siglo de las Luces.

En 1790 da comienzo la primera fase de la desdicha de Jovellanos. Por orden superior es desterrado de Madrid y confinado en Gijón. De este modo descubre el precio que deberá pagar por incubar los anhelos y deseos que conmueven a sus colegas europeos. La propagación de las grandes verdades jurídicas, la educación universal, el progreso social, el desarrollo de la ciencia, la lucha contra la prepotencia judicial de la Inquisición, el fin de la servidumbre, todo eso, efectivamente, tenía un precio.

Pero en el destierro, Jovellanos trabaja, escribe y estudia. Funda el Real Instituto Asturiano de Náutica y Mineralogía, finaliza su Memoria de Espectáculos, redacta su Informe sobre la Ley Agraria...

Así van pasando los siete años de castigo en los que su laboriosidad apenas le permite olvidar la vejación que sufre ni detener el curso de sus peores premoniciones. No se debilita a su empeño reformador pero la obtusa cerrazón de sus adversarios es un buen motivo para medir el alcance de sus propias fuerzas.

En 1797, sorpresivamente, soplan de nuevo los vientos favorables y desde Madrid se le requiere para encargarle las tareas pendientes. Después de un lapsus de siete años, en los que se ha intentado detener el curso de la Historia, las fuerzas reaccionarias parecen confundidas y pierden momentáneamente sus posiciones de dominio en la Corte. Jovellanos acude sin demora a ejecutar los encargos recibidos: reformar los estudios universitarios, dar cauce legal a la Amortización y neutralizar el omnímodo poder de la Inquisición.

A los que hayan querido alguna vez minusvalorar la contribución de los ilustrados españoles de aquél tiempo hay que recordarles que a lo largo del siglo XVIII la Inquisición quemó en la hoguera a 111 acusados, 117 más ardieron en efígie y más de 728 fueron humillados por sus implacables autos de fe. Un librepensador, un reformador, por tibio que se mostrara en sus declaraciones, no sólo se jugaba el incierto desenlace de su carrera política sino lo que a fin de cuentas es su primera y última razón de ser. Y así fue en España hasta la reciente y escandalosa fecha de 1826 cuando el maestro de escuela Cayetano Ripoll fue ahorcado por el Santo Oficio en Valencia.

Conviene recordar que uno de los instrumentos de la Inquisición y de la Iglesia para perpetuar la subordinación de las conciencias, el Índice de Libros Prohibidos, lo sostuvo vigente la Congregación para la Doctrina de la Fe ¡hasta 1960!

Para comprender el ambiente hostil al que se enfrentaba Jovellanos es de gran interés recordar que su retorno a la Corte coincide exactamente con el comienzo de la segunda fase de su desdicha. Apenas nombrado ministro del gobierno, Jovellanos es víctima de un envenenamiento. La mano homicida que ha calculado mal la dosis de veneno necesario para matarlo permanecerá a la sombra de sus poderosos protectores. Y sólo nueve meses después de ser nombrado, sufriendo acosos y maledicencias sin cuento, Jovellanos abandona el cargo y queda a merced de los embustes, las delaciones y las injurias.

Hay que hacerse cargo de lo que supone ser víctima de estos venenos sociales para comprender el valor de nuestro héroe y la magnitud de su personalidad moral. De este modo evitaremos creer que todo aquello lo sufrió una figura de papel o un nombre escrito en los libros de historia. La tragedia de Jovellanos es una desgracia que hemos de imaginar como si en carne propia nos fuera infligida pues de otro modo no podrá comprenderse el valor de su legado.

De hecho, esto es lo que nos hemos propuesto: interrogarnos sobre el significado de su fracaso, el valor de su sacrificio y la vigencia de un legado que dos siglos después de su muerte continúa amenazado.



Poco tiempo después, en 1801, da comienzo la tercera fase de su desgracia. Jovellanos es arrestado y conducido a la que será su prisión durante otros siete años. Primero reside en un relativo régimen de confinamiento con los cartujos de Valldemossa, pero la Inquisición, enquistada en la Corte, en el Estado y en el país entero, quiere ensañarse con el ilustrado asturiano y consigue que se decreta una aleccionadora y severa prisión en la mazmorra del Castillo en el que ahora nos encontramos.

Cuando Jovellanos sea puesto en libertad, en 1808, deberá enfrentarse al dilema que definitivamente arruinará a la generación de aquellos ilustrados españoles. Plantar cara a la ocupación de las tropas napoleónicas y ser reos al mismo tiempo de la implacable sospecha que los tildaba de afrancesados. Acudir en defensa del régimen moribundo que los había hostigado y colaborar en el espectáculo de confusión levantado en nombre del patriotismo.

El 22 de marzo de 1808 Jovellanos es puesto en libertad. Se niega a ser ministro del rey José y se integra en la Junta de Asturias y en la Junta Central. Pide la convocatoria de unas cortes representativas e impulsa como puede la reunión de las Cortes de Cádiz. En medio de las batallas y desplazamientos de tropas, va y viene y en uno de sus precipitados viajes, cuando un vendaval arroja su barco hasta el Puerto de Vega, contrae la pulmonía que pocos días después lo matará. Tenía 68 años.

Obviamente, la campaña de difamación se prolongó durante mucho tiempo. A sus enemigos no los consolaba el fallecimiento de Jovellanos pues era preciso impedir que el prestigio de su obra hiciera meditar a las generaciones futuras. Podemos considerar que Jovellanos inaugura el índice de los heterodoxos españoles de la modernidad condenados a sufrir el ostracismo a cuyo mantenimiento se aplicaron denodadamente los poderes eclesiásticos.

Afortunadamente, nos queda una obra en la que subsiste su espíritu jovial, curioso, fruto de la infatigable confianza en las virtudes de la condición humana. Un estado de ánimo que se mantuvo vigoroso a pesar de las dificultades y de la persecución a la que fue sometido. Como bien atestiguan las páginas escritas durante su encierro en el Castillo de Bellver. Una memorable pieza de descripción arquitectónica, histórica y paisajística en la que leemos muestras de ese juicio moral y estético que lo mantuvo en pie durante siete años.

No sin los sutiles quiebro de la ironía, Jovellanos, hablando de sí mismo y de la mazmorra en la que fue encerrado, nos cuenta cómo se sentía “horrorizado ante el aspecto de esta tumba de vivos”, reconoce que “no hay crimen al que no pueda llegar en su heroísmo la perversidad de algunos hombres” pero “admira” que sean muchos los que aspiran “a la excelencia en el arte horrible de atormentar a sus semejantes”.

Al evocar las sangrientas batallas para las que imaginaba edificado el Castillo de Bellver, se pregunta: “¿quién no se horrorizará al contemplar la saña con que unos y otros harían subir hasta el cielo su rabioso alarido y cómo se obstinaban, llenos de sudor, fatiga, polvo y sangre, en el horrendo ministerio de recibir o dar la muerte?”.

Sería suficiente leer estos fragmentos escritos en el Castillo de Bellver para reconstruir el estado de ánimo del hombre de ciencia, político y humanista que pese a todo subsistía lúcidamente en su prisión.

Con buen humor confía Jovellanos a su corresponsal lo que llama “ilusiones bellvéricas”: “Hallábame yo encerrado, y solo y a oscuras, una de las primeras noches que pasé aquí, y estaba ya recogido, aunque desvelado, cuando al abrir los ojos vi con sorpresa una luz amarillenta, pequeña, pero muy viva. La primera idea que excitó en mi mente este raro fenómeno fue que entreabiertos los sillares del muro por la vejez de la obra, dejaban algún pequeño resquicio por dónde entraba la luz de la luna; y sin reflexionar que esto era imposible en muros de doble sillería de tan enorme espesor, rellenos de grueso mampuesto y unidos por fuerte mortero, me volví a dormir. Lo más raro es que esta ilusión duró algunos días, sin que tan obvia reflexión se me ocurriese hasta que advirtiendo después igual luz bajo el bufete en que leía, y agachándome a reconocerla, hallé que salía de una de las mariposas que solían revolotear en torno a mi velón. La vida de este insecto es muy breve pues aparece al fin de la primavera y al cabo de un mes desaparece. ¿Será la mariposa del gusano que llamamos luciérnaga?”

Los carceleros de Jovellanos ignoraban que en la penuria de su prisión fructificaba tan apacible complacencia y una sensibilidad más intensa a medida que pasaban los años. Así, mientras aquellos se mostraban satisfechos de haberlo arrojado al tormento, el hombre libre de remordimientos dejaba a la posteridad este mensaje:

“Quizá algún hombre inocente y perseguido que cuando yo no exista venga a respirar estas plácidas auroras, comparando su mente con la mía, mezclará al consuelo algún suspiro de compasión que sea tan honroso a mi memoria como a su soledad”.



La vida y las palabras de Jovellanos hacen muy notable el anuncio del premio que lleva su nombre y que hoy harán público los Presidentes de Asturias y Baleares. El Premio Internacional Jovellanos Resistencia y Libertad será un reconocimiento para todos los que hoy, en nuestro tiempo, en nuestro mundo, padecen las mismas circunstancias de arbitrariedad y despotismo que Jovellanos sufrió hace doscientos años. El premio que hoy se convoca será una contribución modesta pero decisiva en lo que tiene de homenaje a los que se ven obligados a defender algo tan obvio como su libertad. A todos aquellos que en algún oscuro lugar del mundo, olvidados y humillados, ven a través de las grietas de su mazmorra las luces que brillan más allá de los muros.

Y ya para acabar permítanme que, también en homenaje a Jovellanos, mencione la huella de su obra. No todo fue en balde. Como si su encierro en Bellver hubiera dejado a fin de cuentas algún fruto en esta isla.

No lejos de aquí, en el cementerio de la ciudad de Palma, subsisten los vestigios de un tiempo en el que se evocaba la obra de los enciclopedistas y las lecciones de la Ilustración. Un espléndido obelisco se levantó por suscripción popular 70 años después de la estancia de Jovellanos en Bellver. Se erige sobre una tumba olvidada y aunque sean escasos los ciudadanos que hoy la conozcan, se puede leer esta leyenda:

“Al intrépido soldado del libre pensamiento. Al gran apóstol del principio federalista. Al modesto hijo del pueblo Miquel Quetglas y Bauzá. Sus correligionarios en testimonio de respeto y admiración ofrecen el título de su alta gratitud”.

El entierro del librepensador Miquel Quetglas Bauzá en febrero de 1872 fue el primer funeral laico que se celebró en la ciudad de Palma y congregó a más de 30.000 vecinos apenados por la pérdida de su gran orador ilustrado. Gremios, logias masónicas y asociaciones culturales desfilaron junto al féretro del político y periodista. Miquel Quetglas, el entusiasta partidario de la educación universal y del laicismo, emprendió su acción política para hacer efectivo el vaticinio de la razón: abatida la ignorancia, obtendremos la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Ya ven, no todo se perdió con la agonía y muerte de Jovellanos y aunque hoy todavía nos veamos obligados a defender la Educación por la Ciudadanía y la Ley de Memoria Histórica como si nos encontráramos en medio de una batalla, lo cierto es que podemos homenajear a Gaspar Melchor de Jovellanos y recordarle por la confianza que depositó en nosotros:

“Me abandono sin recelo a la justicia de la posteridad”

Castillo de Bellver, 6 de octubre de 2008

